



# ORACION,

QUE EN LA SOLEMNE ACCION DE GRACIAS  
AL TODO-PODEROSO

POR LA VENIDA, Y RESTITUCION DE NUESTRO  
LEGÍTIMO Y AMADO MONARCA

EL S.<sup>R</sup> D. FERNANDO EL SÉPTIMO

AL TRONO DE SUS MAYORES

Celebró la Real Universidad de Santiago el día 26  
de Mayo de este año en su Capilla  
de Sti-Spíritus:

DIXO

*EL P. M. Fr. LUIS IGLESIAS*  
*del Orden de San Francisco, Doctor en Sagrada*  
*Theologia, Lector en el Convento de San Francisco*  
*de la misma Ciudad, y Exâminador Sinodal*  
*del Arzobispado.*

---

IMPRESA POR ACUERDO Y A EXPENSAS  
DE LA MISMA REAL UNIVERSIDAD.

---

CON LICENCIA.

En dicha Ciudad: En la Imprenta de D. Juan  
Francisco Montero y Frayz.  
Año de 1814.

# ANNALS

OF THE  
PROGRESS OF THE  
SCIENCE OF THE  
EARTH  
AND  
ATMOSPHERE  
FROM THE  
EARLIEST PERIODS  
TO THE PRESENT  
BY  
J. H. MURPHY

NEW YORK  
PUBLISHED BY  
THE  
SCIENTIFIC AMERICAN  
PUBLISHING COMPANY  
1878

THE  
SCIENTIFIC AMERICAN  
PUBLISHING COMPANY  
1878

*BENEDICTUS DOMINUS DEUS ISRAEL;*

*quia visitavit, et fecit redemptionem plebis suae.*

Cantic. Zach. Luc. Cap. I. v. 68.

Bendito sea el Señor Dios de Israel; por que visitó, é hizo la redención de su Pueblo. Cantico de Zacharias en el Capítulo primero de San Lucas, v. 68.

**C**on que al fin, Sábios, llegó ya el momento dichoso, por el que tanto suspirábamos? Llegó ya el instante venturoso, que quedará para siempre gravado en nuestro corazón, y cuya memoria será para nosotros indeleble? Palpamos ya el día mas dichoso que esperábamos con santa impaciencia, por el que hemos derramado tantas lágrimas, hecho tantos sacrificios, y ofrecido tantas plegarias á aquel Dios cuya naturaleza es la bondad, cuyas entrañas la misericordia, y cuya voluntad la comunicacion de sus beneficios? Se vé ya rayar la Aurora de nuestra verdadera felicidad sobre nuestro emisferio, disipando en sus primeros rayos las tinieblas en que se pretendia embolver á la siempre heroica España, y llevarla

4  
á su ruina? Calmó ya la horrorosa borrasca que furiosamente agitaba á la Nave de la Monarquía, expuesta á naufragar, y ser sorvida de las encontradas olas de juicios, y opiniones? Se presentó ya el Iai, que nos anuncia, y trae consigo la paz, el sosiego, la tranquilidad, el orden, la uniformidad, ó voluntaria ó forzosa, la seguridad de nuestras propiedades, la restitucion de nuestros derechos, el apoyo y fomento de nuestra verdadera Religion, de nuestras artes, é industria, la: En una palabra, viao nuestro Rey, nuestro Monarca, nuestro legitimo y único Soberano?

-om Ah! yo descubro, Sábios, en este suceso admirable un rayo luminoso que desprendido del seno de la Divinidad, presenta todo el esplendor, magnificencia, y magestad de un Dios pródigo, santo, y misericordioso. Deliren quanto quierán los filósofos de estos siglos desgraciados, no reconociendo con Epicuro y Espinosa otro principio en el universo, que una naturaleza ciega y caprichosa, y bájó el pretexto de una ciencia superior á la que llaman supersticion del vulgo, nieguen la existencia de aquella mirada, si asi puede decirse, del Dios Santísimo que adoramos. No hay pro-

videncia dicen: *quasi per caliginem judicat, nec nostra considerat*. Sufoquen el clamor de aquella ley invariable, que anuncia la santidad de su origen, y finjan con Marcion, y Calvino un Dios corrompido, autor de la iniquidad, y que no inspira en nosotros sino obras de pecado. Imaginen, según su capricho, un Dios inhumano, insensible á las miserias de los hombres, sordo á sus gemidos, y que se agrada en teñir las manos con su sangre, y concluían con el desesperado Caín: *Major est iniquitas mea quàm ut veniam merear*. Llámennos en hora buena, ignorantes, preocupados, y supersticiosos, que nosotros sin descorder el velo á los Cielos que anuncian la gloria á su Criador: sin escuchar la voz de la verdad, que grita en los santos libros en alabanza de los adorables atributos de este gran Dios, que reveló su gloria á Abraham, sus leyes á Moysés, sus consejos á Salomón, y que después de haber hablado de varios modos en sus Profetas, habló en su Verbo hecho carne, para ponernos en el camino real de nuestra salud: sin servirnos de estos medios tan usuales á los Padres, y Doctores de diez y ocho siglos, tenemos recientes argumentos de aquella providencia,

que ya nos tenia á la vista, quando establecia los cimientos de la tierra. De aquella misericordia, que tierna y compasiva derrama sus beneficios de generacion en generacion sobre los que le temen.

Si yo, Catholicos, hubiera de hablar á esta casta de hombres, que mantienen contra Dios una guerra sacrilega, é impia, segun el lenguaje del Santo Job: si en mi auditorio hubiera alguno de aquellos obstinados, cuyo corazon se olvida de Dios, empleando todo su esfuerzo en solicitar que otros igualmente le olviden: de aquellos espíritus llenos de soberbia, de que habla David, profanadores de las leyes divinas, sacrilegos, blasfemos, que pretenden gloriarse en la ruína de la Casa del Señor: si me oyesen aquellos Pseudopolíticos, fomentadores de ideas babélicas, profesores del acaso; todo mi empeño, en esta presente ocasion, seria confundirlos con lo mismo que ven nuestros ojos, oyen nuestros oidos, y palpan nuestras manos ahora, y en estos nuestros dias. Pero no; hablo con Españoles castizos, con Gallegos rancios, que en el ardor y firmeza con que profesan, y defienden la Religion Catholica, Apostólica, Romana, no desmienten la raíz de donde vienen, el

tronco de donde son cortados, el padre que los engendró en Jesu-Christo. Con unos Sábios, que si leen tales doctrinas, es para destruirlas, rebatirlas, sofocarlas con la valentia de los Agustinos, de los Chrisóstomos, de los Gregorios, de los Bernardos y mas Padres, y que imbuidos, penetrados, y convencidos sus entendimientos de las verdaderas, y sanas doctrinas, é inflamados soberanamente sus corazones en el amor de ellas, prorrumpen en este dia, como todo buen Español, en aquellas semejantes expresiones, á las que el padre del Bautista poseido del gozo mas extraordinario, y del agradecimiento mas profundo dijo: Bendito sea el Señor Dios de Israel; por que ha visitado y hecho la redencion de su Pueblo.

Si, Sábios, si: bendita sea para siempre la misericordia del Señor: bendita sea, pues quando gemiamos oprimidos de una negra y dilatada tristeza; quando las angustias nos cercaban por todas partes, y vivian sumamente afligidos nuestros corazones; quando las aflicciones los penetraban, traspasaban y tiranizaban, ah! nos visita con el consuelo, nos rescata de tantos males en la libertad de nuestro amado Monarca. Bendita sea, por que

nos conservó á un hombre, qual no se hallará en todo el mundo, aunque para buscarle se multipliquen las linternas de Diógenes; á un hombre segun toda la extension de su significado; á un hombre recto por qualquiera parte que se mire, á un hombre que teme á Dios, á un Rey á medida de su corazon; á un Rey que lo es solo por que Dios reyne en el corazon de sus Vasallos; á un ..... digámoslo de una vez á FERNANDO EL SÉPTIMO; delicias de los Españoles, amigo de Dios y benemérito de sus favores. ¿Qué motivos mas poderosos, qué causa mas justa para una solemne accion de gracias? Despues de habernos embiado el consuelo y la alegria á medida de los dolores que affligian nuestro corazon, como dice el Real Profeta, no alabarémos y engrandecerémos nosotros su misericordia? No adorarémos, venerarémos, y respetarémos su bondad? No reconocerémos el origen de estos beneficios para mostrarnos agradecidos?

Pero qué digo? Por que no ignorais, Sábios, la doctrina de San Pablo, que nos dice, que debemos dar gracias á Dios por todo, que debemos adorar con sumision y reverencia su dominio supremo, su inefable providencia, y su infinita bon-

dad habeis acordado este sacrificio de alabanza. Despues de haber dado tantas pruebas de vuestro amor, de vuestra obediencia, y respeto al mejor de los Reyes, quereis añadir esta; argumento obvio y convincente, no menos de vuestra Religion, que de vuestro patriotismo. Estos mismos sentimientos, Sábios, permitidme, pero vosotros lo deseais, inspirarlo á quantos me escuchan. Les haré ver pues, al efecto, la obligacion que tienen, como buenos Españoles, de mostrar su gratitud á nuestro Dios y Señor por habernos conservado, y traído á nuestro idolatrado FERNANDO, cuyas virtudes nos aseguran el triunfo de la Religion, y la felicidad del Estado. Dirélo en menos palabras: debemos dar gracias á Dios por los beneficios que S. M. nos dispensó en traernos al Rey Nuestro Señor. Las virtudes del Rey, el triunfo de la Religion, la felicidad del Estado, motivos de vuestra gratitud, y materia de un discurso que exigia superiores luces, y mas dias que los que vuestro justamente inflamado amor, y noble entusiasmo me pudo haber dado.

Señor, Vos que embiasteis á vuestro Divino Espíritu sobre vuestros Apóstoles en lenguas de

fuego, para iluminarlos, ilustrarlos, é inflamarlos, á efecto de que publicasen vuestro Divino Nombre en todo el mundo, haced, Dios mio, se me comunique un rayo de aquella divina luz, para que yo pueda tambien hoy pregonar vuestra grandeza, vuestra bondad y misericordia, para con los que os sirven y aman. Esta gracia os pido, Señor, por la intercesion de vuestra Purisima Madre, de quien somos tan devotos el Rey, y sus Vasallos, y á quien para empeñarla en esta misma súplica para con Vos, con todo nuestro amor saludamos con la Oracion acostumbrada.

## *AVE MARÍA.*

Las santas Escrituras, y los Padres depositarios de las tradiciones Divinas, y Apostólicas nos intiman la freqüente accion de gracias á nuestro Criador por sus contínuos beneficios; en especial por los que tienen enlace con la çausa pública, con la paz y felicidad de los Reynos, con la de sus Soberanos, y personas constituidas en digni-

dad (a). Nos proponen en desempeño de esta obligación el exemplo de Moysés, de Débora, y de Baruch, de Judith, y del Real Profeta que cantaban cánticos de alabanza al Señor por haberlos socorrido en sus necesidades, y salvado del furor de sus enemigos (b). La Iglesia nuestra Madre ha reconocido esta obligación, é igualmente la ha observado siempre rogando á Dios por los Reyes y Emperadores, y dándole gracias por los beneficios que sobre ellos derramaba su Magestad, como lo atesta Tertuliano y otros Padres.

Y si la Iglesia asi se portaba con respecto á los Reyes idólatras, enemigos declarados del nombre de Jesu-Christo ¿qué no deberémos hacer nosotros, y qual debe ser nuestra gratitud á los beneficios que acabamos de recibir en la persona de nuestro amado Monarca? Ah! Si la gratitud debe corresponder á la grandeza del beneficio, como es principio incontrastable dimanado de la misma ley natural, nunca podreis graduarla, sin que hagais el mérito debido de aquéllos. Para esto, siendo la

(a) *Ad Eph.* 5. 10.      *1. ad Thes.* 1. 2.

(b) *Psalm.* 33    *Judith* 10.

persona de nuestro Monarca principio fecundo, é instrumento que sirvió á la voluntad de Dios para que redundasen sus misericordias sobre nosotros, es preciso que yo os diga algo, de lo poco que sé, sobre las qualidades y virtudes de nuestro FERNANDO; quantas ventajas para la Religion, y el Estado nos prometen éstas, para que de aquí arguiais quan grandes, y que muchos, é innumerables son los favores con que Dios quiere ganar nuestra correspondencia.

No penseis, Señores, que previniendo el juicio, que á su tiempo hará la Iglesia nuestra Madre, si nuestro Monarca perseverase hasta el fin, le proclame yo ahora santo: no por cierto. No esperéis, tampoco, que os hable de todas sus virtudes. El Rey no necesita de que se publiquen; ¿de qué servirá este incienso vil á quien tiene báxo de sus pies toda la gloria de dos mundos? No podeis, por lo mismo, prometeros oír una narracion puntual y exácta de sus ordinarias devociones; de aquellas horas empleadas en la leccion, y meditacion; de aquella atencion á la palabra de Dios, y á las conferencias espirituales que tenia, aun en la prision, con aquel hombre grande, cuyo nombre

será memorable en la historia, por la fortaleza y el valor con que sostuvo, y defendió los derechos de la Iglesia, y del Rey, contra el torrente de la filosofía, que dominaba entonces: *El Sr. Ostolaza*:(\*) de aquella frecuencia de Sacramentos, en los que el alma christiana recibe su fortaleza, su consolacion, y su caridad; asistencia devota al tremendo Sacrificio de la Misa, en el que solia comulgar con las demostraciones de la mayor pureza; respeto profundo á los Sacerdotes del Señor; á estos Sacerdotes que las gentes del mundo no estiman ordinariamente sino por su calidad, ó por las rentas de sus Beneficios, y que los grandes miran algunas veces como á los menos importantes, y á los menos útiles de sus criados, envileciendo de este modo el Sacerdocio de Jesu-Christo, y pasando insensiblemente de la poca estimacion del Ministro al poco respeto del Ministerio; devocion tiernísima á la Reyna de los Angeles, y en fin, de la práctica de todo quanto tiene de magnífico nuestra Religión sagrada. En nada de esto me detendré, por

(\*) *El Sr. Ostolaza en las Notas al Sermon de Rogativa predicado en Cádiz.*

que quiero llamar vuestra atención á ideas sublimes á cerca de nuestro Soberano, á virtudes heroicas, á aquella grandeza de alma que mostró en los trabajos, y fortaleza christiana en la adversidad ya desde niño.

Pero qué adversidades? Oh! quán cierto es que quanto mas grandes son los designios que Dios tiene sobre el hombre, tanto mayores son las pruebas con que le dispone! ¿Quién dijera, Señores, que un Príncipe que por las bellas prendas y qualidades que descubria, era, y prometia ser un retrato vivo de sus mas ilustres Progenitores, una copia natural, exácta, vivísima de un Rey tan *Catholico* como Alfonso el primero, tan *Casto* como el segundo, *Magno* como el tercero, *Zeloso de la Iglesia* como el quinto, con élla *Liberal* como el octavo, *Amante* de las letras como el décimo; *Justo*, *irreprehensible*, *sério*, *piadoso*, como los Fernandos primero, tercero, quinto, y sexto; *Prudente*, *sufrido*, *animoso* como los Filipos segundo, quarto, y quinto; *Amante de los Españoles* como todos juntos; quién dijera, repito, que un Príncipe tan digno, tan amable no habia de ser el ídolo de sus Augustos Padres, y el depositario de sus mas tier-

nos cariños? Ah! con que fortaleza christiana sufría el inocente Jóven los desvíos, é indiferencia de una Madre, á quien tiernamente amaba! Pero al mismo tiempo, ¿con qué aplicacion no indagaba su voluntad para conformarse con élla? Con qué ardor no se anticipaba á practicar quanto podia complacerla? Con qué sobresalto de dolor y temor no preveía las infaustas conseqüencias, que podian ocurrir al Reyno, atendido lo que presentaban las cosas del Real Palacio?

¿Y quáles, os parece Sábios, serian los recursos, y proyectos de nuestro Príncipe, tan zeloso y amante del bien de la Nacion, en esta situacion y circunstancias? Serian, por ventura, los de la violencia y venganza contando á su favor, como podia, con el descontento general de los grandes, y el amor de los Pueblos? Ah! apártense ideas tan torcidas de un corazon tan recto, y de una alma tan justa. No Señores, no conoce, ni busca otras mas que las que enseña la Religion, y dicta la naturaleza. Al pie de los Altares, y á la presencia de aquel Dios busca el consuelo de su alma, en sus amigos fieles el desahogo de sus sentimientos, y en su amada Esposa partícipe de sus trabajos el de-

pósito de sus cuitas.

Insensiblemente, Oyentes, y casi sin pensarlo toqué un punto en que veréis sobresalir extraordinariamente, por decirlo así, la grandeza de alma de nuestro Príncipe. Ó Maria Antonia, y cuán dulce nos será para siempre tu memoria! Ó muerte temprana de la Princesa, y que amargo nos será siempre tu recuerdo! Permitidme, Señores, este apóstrofe á una Princesa que toda era alma, toda espíritu, vivacidad, gallardía, realidad, brillantéz, amabilidad, dulzura, compasion, modestia, y en fin un conjunto de toda gracia, y perfeccion. Ó España! No tenias no que envidiar á tus antiguas *Indegundas*, *Blancas*, é *Isabeles*, ni á las *Clotildes* de la Francia, ni á las *Ethervergas* de la Alemania, ni á las *Olgas* de la Rusia, ni á las *Dambruscas* de la Polónia, ni á las *Margaritas* de la Inglaterra, ni á las *Giselas* de la Ungría, ni á las *Cesáreas* de la Pérsia, ni á las *Theodolindas* de la Itália, ni á las *Pulquerias* del Oriente, ni á las *Helenas* santas de Roma. En sola tu Princesa tienes la virtud, el talento y perfeccion de todas éllas. Pero ay! que has perdido una Princesa, que si bien sus prendas y virtudes hacian tu gloria, no eran acordes con las

ideas, que entonces dominaban en el Palacio. Ello es, que una Princesa que hizo ver claramente en las Córtes de Nápoles y en la España, hasta que grado puede unirse la perfeccion christiana con la magestad y grandeza, careció de algunos auxilios, hasta de las oraciones, y preces públicas que se hacen en el Reyno, luego que se descubren señales ciertas de sucesion en las Princesas. Prueba nada equívoca del poco interés que en élla se tenia; ó::

Al fin murió. Dios quiso poner á la prueba mas terrible la fidelidad de nuestro Príncipe. *Por que eres amigo de Dios, fué necesario que la tentacion te probase*, dijo el Angel á Tobías (a). La tentacion de esta prueba le affige, le atormenta, le oprime, pero el Príncipe se sujeta rendido á las órdenes del Cielo. No debia consolarse con aquella lisonja de la otra casada, muerta en flor, tan celebrada de los Eruditos: *immatura perii, sed tu felicior annos vive tuos, Conjux Optime, vive meos*. No Señores, el consuelo del Príncipe dimanó de otra fuente mas pura, tubo otros principios mas sólidos. Conocia á fondo las virtudes heroicas de su

(a) *Tob. Cap. 19.*

Esposa, veía aquella serenidad de ánimo con que miraba la muerte, aquella conformidad grande con la voluntad del Señor; aquellos deseos vivos de unirse eternamente con su Dios. Sabía que no perdía á su Esposa, antes la ganaba; y que subiendo al Cielo, aseguraba el mas feliz apoyo para su persona y futura Monarquía. Gózate pues en el Empíreo, Princesa esclarecida, y posée ese Reyno de paz que tiene Dios preparado para los que le aman; pero cuida desde allá de nuestro Príncipe, de aquel que tierna y justamente has amado en esta vida. Ocasión, y ocasión muy oportuna tendrás para practicarlo. ¡Oh! y qué pronto, qué poco tardó en verse en la precision de hacer de intercesora, si estaba en disposicion de eso! Apenas nuestro querido Príncipe habia enjugado las primeras lágrimas, que bañaron sus mexillas, por la muerte de su dulce Esposa, quando ::: Y os pintaré aquí la triste imágen de un Real Palacio revuelto á impulsos de la mas traidora conspiracion? Os representaré aquí aquella fatal division entre Padres é Hijos? Os recordaré aquella atróz, y criminal calumnia, que la embidia, y la ambicion, ó deseo de mandar suscitaron

contra nuestro amado Príncipe? Ah! perezca para siempre en mí la memoria de aquel mal Español, indigno de tal nombre, y de quantos conspiraron con él, que escandalizaron al mundo todo con tan inaudito atentado. Bórrese de todo escrito el nombre de aquel vil, de aquel ruín, y sus cómplices, que proyectaron mancillar el honor, la virtud, y la inocencia. Sea exécrable á todas las generaciones el solo recuerdo de aquel hijo de perdicion, que traidor á su Pueblo, le entregó á sus mas irreconciliables enemigos: *nomen ejus non memoretur amplius.* Y tu, ó Príncipe amable, esfuerza toda la grandza de tu alma para sobrevivir á tan mortales golpes. Pero no, deseansa, no temas, descansa sobre la rectitud de tu corazon, sobre el testimonio de tu conciencia, y sobre la fidelidad de tus Pueblos. ¿Qué cosa podrá borrarles el amor que te tienen? Quién será capaz de arrancarte del corazon de los Españoles, de desconceptuarte, si á todos consta tu inclinacion, sujecion, sumision y obediencia al Rey? Si de ti aprenden á honrar, venerar, y amar al Rey? Lejos de hallar acogida en su fidelidad la infernal maquinacion contra ti intentada, ó Príncipe, les redobló los vivísimos deseos que tienen de verte sentado en

el Trono. Te desea el Clero, te anhela la Nobleza, te aspiran los Magistrados y los Militares: en una palabra, los pobres y los ricos, los sábios y los ignorantes, los nobles y los plebeyos, los Eclesiásticos y los Seculares, los ancianos y los niños, todos te desean, te idolatran, y en tí esperan ver el fin de las miserias públicas y particulares: te miran como aquel Angel del Apocalipsi enviado de Dios al mundo, con un arco Iris sobre la cabeza, para denotar la paz, y las misericordias del Señor, y el rostro como el sol para disipar las opacas nubes que cubren á la España.

En efecto, Oyentes, las pruebas sobre que apoyábamos tan lisongeras esperanzas, eran tan seguras que no nos podian faltar. Asi, pues, apenas subió al Trono por libre, y espontánea renuncia de su Augusto Padre, incapaz de sostener ya las riendas del gobierno por sus achaques y edad, quando le podiamos aplicar lo que de David dice la Escritura: *Regnavit David super omnem Israel, et faciebat iudicium et justitiam omni populo*. Sus primeros pasos, pasos de clemencia y justicia; sus primeros cuidados la felicidad de sus Vasallos; sus primeros ensayos la equidad y el orden, llamando

junto á sí á los sujetos que la Intriga habia separado de los negocios públicos, privando al Reyno de los bienes que podrá esperar de sus luces, y reponiendo las oficinas al método y reglamentos propios para que en nada se padeciesen atrasos. ¿Qué proyectos de beneficencia? ¿qué establecimientos de economía para reformar los gastos de la casa Real? Qué arbitrios para reparar y dar nuevo vigor á una Monarquía descarnada de tropas, exhausta de bagéles, desangrada en sus rentas, abandonada y corrompida por un gobierno débil, afeminado y voluptuoso? Á consecuencia de esto ¿qué alegría? ¿Qué gozo y qué dulce entusiasmo en el Reyno? Mas hay! qué nube tan negra y horrorosa cubre, é impide los resplandores del astro luminoso que formaba la hermosura de la Monarquía? Á dias tan alegres suceden dias aciagos y de tristeza; al gozo se sigue el dolor y amargura. Qué consternacion para el mejor de los Reyes, quando se le propone por los agentes del tirano ser conveniente una entrevista con este pérfido para bien y felicidad del Reyno! qué de multiplicadas ideas se agolpan sobre su imaginacion! qué de pensamientos atormentaban su corazon! Examina, consulta, oye, pesa las circunstan-

cías de verse rodeado ya de tropas francesas pre-  
 paradas por la traidora mano del segundo D. Julián;  
 atiende á la propuesta de intereses públicos que no  
 podía mirar con indiferencia, y cede, atropellando  
 por los personales. Si, solo el amor y el bien de sus  
 vasallos que se le proponía, le hizo vencer la violen-  
 cia que experimentaba su afligido corazón en separar-  
 se un instante, y un solo momento de ellos. Qué  
 sería su pena y su dolor, si por atender á su amante  
 pasión, que le retraía de esta jornada, acarrease al  
 Reyno los males, que efectivamente le vinieron?  
 Estos contrarios afectos le atormentaban, y al fin,  
 cortando por sí mismo, sale. Para donde? Para el  
 latrocinio de Marrach, para el concilio de los im-  
 pios, presidido por otro peor, y más malvado que  
 Caifás.

Al oirse en la Capital, y en todo el Reyno  
 aquel eco triste: *el Rey marcha á Bayona*: quando  
 por presentimientos, unos de cálculo, otros de  
 amor, todos temen el viage y sus consecuencias.  
 La Corte perturbada, el Pueblo affigido, los Reli-  
 giosos gimiendo, los Eclesiásticos orando, todos  
 clamábamos á Dios por la salud y vuelta pronta  
 de nuestro amado Rey. Pero nuestros corazones nos

fueron demasiado fieles. El Rey ¡ah! El Rey es víctima de la malignidad y perfidia de aquel monstruo, que olvidado no solo de los respetos de la política, sino de los derechos del hombre, y leyes de la naturaleza, le hace cautivo, y destina á una prision. Cielos! Es esta la conducta del Gefe de la Nacion, que se gloria ser la mas culta y civilizada de la Europa? Al arma, jóvenes españoles, al arma. Vuestro Rey está cautivo, la Nacion, la Patria, la España agraviada, insultada y deprimida.

Qué furor, qué corage no se dejó poseer inmediatamente del corazón de los Pueblos! El artesano dexa el taller, el comerciante la tienda, el labrador la esteba del arado, el estudiante los libros, y todos á una voz, y con igual ardor juran vengar la injuria, defender á su Rey, y acabar con el Tirano de la Europa. Gloria á vosotros, ilustres profesores de esta Real Universidad, que habeis sido los primeros, acaso de la Península, que inflamados del fuego eléctrico del honor y patriotismo, lo supisteis comunicar á otros: que levantasteis los primeros el estandarte de la gloriosa insurreccion, llamando á vuestro exemplo á los generosos Gallegos; que habeis hecho tan rápidos progresos en la táctica

militar, que fuisteis la admiracion de este pueblo Compostelano, que con lágrimas de gozo os miraba, ya á los primeros pasos, soldados veteranos y aguerridos, y aun oficiales diestros, capaces de dirigir ataques: que á los primeros encuentros con el enemigo hicisteis prodigios de valor, é intrépidos supisteis estremecer sus formidables columnas, destruirlas y arrollarlas. Diganlo sino los campos de Durango, Sornosa, Balmaseda, Bilbao, Rebesoa y Espinosa de los Monteros, con otros muchos, en donde habeis dado las relevantes pruebas de vuestro heroismo. Diganlo los Jefes, que han tenido el honor de mandar á este cuerpo literario, si en todas las veces que ha ido á las manos con el enemigo, le han proclamado benemérito de la Patria.

¡Qué ocasion tan oportuna, Sábios, de hacer aqui, aunque no fuese sino epilogando, mencion de los trofeos que han ennoblecido á vuestro cuerpo literario, y sus compañeros de armas en todo el tiempo de nuestra santa guerra! Yo podria describir los combates ganados, los rios y desfiladeros pasados á vista de los enemigos, llanuras teñidas en su sangre, y montés casi inaccesibles, atravesados por ir á rechazar los enemigos léjos de nuestras

fronteras. Pero la eloqüencia del púlpito no es propia para referir combates y batallas; la lengua de un Sacerdote, destinada para alabar á Jesu-Christo Salvador de los hombres, no debe emplearse en hablar de un arte que camina á su destruccion; ni yo vengo á daros ideas de muerte y carnicería delante de este Altar, en donde se ofrece, no ya sangre de toros en sacrificio al Dios de los Exércitos, sino una víctima incruenta al Dios de la misericordia y de la paz.

Bien sé que en la Escritura no solo se aprueban las guerras, sino que se mandan santificar (a): Que Dios las preside, y que no en vano se dice Dios de los Exércitos: Que los Príncipes para eso llevan la espada (b): Que las guerras son necesarias para la conservacion de la sociedad, para asegurar la paz, para proteger la inocencia y para contener la codicia en los límites de la justicia. Tal fué la que nosotros gloriosamente hemos sostenido. Pero quiero dexar á los historiadores la gloria de transmitir á las futuras generaciones su narrativa, que

(a) *Jóel* 3. *Ψ.* 9.

(b) *Epist. ad Rom.* 13. *Ψ.* 14.

á mí me llama la atención otra especie de combate, no ménos eficaz que las armas.

Como sabíamos los Españoles, que si Dios no edifica la casa, en vano se fatigan los que trabajan en ella (a), sin descuidar, quanto era de nuestra parte, de los medios humanos, solicitábamos los divinos, ayudando á nuestros esforzados guerreros con nuestras oraciones. Clamábamos de día y de noche, en el retiro de los Cláustros unos, otros en las preces públicas. ¡Quántos ayunos aun en tiernos niños! ¡quántas disciplinas! ¡quántos cilicios! ¡quántas limosnas! ¡quántos votos! ¡quántas promesas! Las Religiosas en sus conventos, las doncellas, que vivían retiradas de la vista del mundo, recelosas de los funestos sucesos que á poco tiempo les trajo la falta de su Rey y su desamparo, ¿qué suspiros no enviarían al Cielo? La viuda desamparada estaría bañada en lágrimas enseñando á sus tiernos hijos á levantar al Cielo sus inocentes manos, y llorando les diría: *pedid hijos míos á Dios por nuestro buen Rey, pedid por nuestro Padre, pedid hijos míos, pedid.* Entónces los inocentes

(a) *Psalm. 126.*

llorando, porque veían llorar á su Madre, pedirían con fervor lo mismo que no sabían suplicar. Todos se animaban á clamar en la confianza de que había dicho el Señor: *por la miseria de los necesitados, y por los gemidos de los pobres, yo me levantaré á socorrerlos.* Con esta confianza oraban; pero Dios no daba muestras de oírlos. ¿Por qué, Dios mio (si es que me atrevo á derramar mi alma en vuestra presencia, y hablar con Vos, yo que no soy sino polvo y ceniza), haceis una prueba tan terrible de nuestra fe, y de nuestra esperanza? ¿Quántas veces, Señor, nos repetisteis aquellas palabras de la Escritura, que nunca faltarán: *Clamavit ad me, et ego exaudiam eum. Cum ipso sum in tribulatione (a)*? ¿Pues, Señor, ha mudado de índole vuestro compasivo corazón, que os resistís á los clamores de los afligidos? ¡Ah! la culpa será nuestra, Señor. Puede ser que hubiesemos puesto en nuestro amado Monarca demasiada confianza; y Vos nos prohibís en vuestras Escrituras confiar en hombres, sean quienes quieran (b).

(a) *Psal.* 90.

(b) 2. *Paral.* 32. v. 8.

Puede ser tambien que sea castigo de nuestro orgullo, de nuestra ambicion, y de nuestras injusticias. Porque á la manera que se levantan de los valles unos vapores groseros, de que se forma el rayo que cae sobre las montañas, así suben del corazon de los pueblos al Cielo unas maldades, cuyos castigos descargais sobre la cabeza de aquellos que los gobiernan. Yo no vengo aqui, Señor, á sondear los abismos de vuestros juicios, ni á penetrar esos secretos que hacen obrar vuestra misericordia ó vuestra justicia; yo no quiero, ni puedo hacer mas que adorarlos. Pero Vos sois justo: Vos no os afligís, y en un siglo tan corrompido como el nuestro, no debemos buscar sino en el desórden de nuestras costumbres, todas las causas de nuestras desgracias.

Sin duda, amados oyentes: justamente indignado aquel Dios con la España, extendió sobre éila su mano, y la hirió de muerte: *iratus est furor Domini super populum suum, et extendit manum super eum, et percussit eum*. Se cumplia entónces en los Españoles el terrible abandono, con que en los dias antigüos habia amenazado Dios á la casa de Israel baxo la figura de una viña ingrata á la mano que la cultiyaba: *auferam spem ejus, et erit in direp-*

*tionem.* Yo te quitaré las guardias que te custodian, te expondré al saqueo de tus enemigos, destruiré las murallas que te defienden, y serás pisada de los pasageros: *et ponam eam desertam, non putabitur et non fodietur:* te reduciré á un campo solitario, no serás mas podada ni trabajada: la cizaña, y el espino llenarán tus eras.

¿Y no fué esta puntualmente tu suerte, ó España, en estos últimos desgraciados años? ¿Mas para qué turbar con tristes recuerdos la alegría de este día? No, no te acordaré viña tan amada de Dios, pero tantas veces ingrata, que los bárbaros Franceses no dejaron ver sobre tí sino negras sombras de oprobio, de horror, de confusion y de todo género de calamidades: que siendo la Princesa de las Provincias, te hiciste tributaria: que tus enemigos se enriquecieron con tus despojos: que tus hijos fueron puestos en cautividad: que tus templos fueron destruidos, y que Dios te abandonó, hasta permitir al infierno que se dilatase, y abriese su boca sin término, segun la metáfora de Isaías, para affigirte con trabajos. No, echad ya, ó Españoles, sobre todos estos males, miserias y trabajos un velo, y no os quede otra memoria que la precisa,

para dar las debidas gracias á aquel Dios, que solo nos hizo ver la cantidad del riesgo, para que meditásemos quan desmedida es para nosotros su ternura. No hagais en este dia otro recuerdo de nuestras desgracias y contratiempos, sino el que es debido para alabar la bondad infinita del Señor, que, á pesar de nuestras muchas abominaciones, obligado, por decirlo así, de nuestras súplicas, usa de misericordia con nosotros; y si nos hirió en su indignacion, tambien se apiada de nosotros en su reconciliacion: *visitavit, et fecit redemptionem.*

¡Ah! léjos de aqui esos hombres insensatos é insipientes, que con boca sacrilega é impía, tienen valor para decir con una brutal blasfemia, que nuestra conducta en recurrir á Dios en nuestras tribulaciones, es supersticiosa y fanática: que califican de debilidad lo que los infieles mismos, y las naciones mas bárbaras y corrompidas han hecho con respecto á sus falsos númenes, quando se veían acometidos de alguna calamidad: que ridiculizan la práctica que han observado los hombres mas célebres del antiguo y nuevo testamento, y lo que el mismo Dios tantas veces nos manda y encarga en sus santas Escrituras. Dejémoslos poner su con-

fianza en la multitud de carros armados, y en su caballería numerosa (a), en su táctica y ardidés, en el valor de las tropas y firmeza de las ciudades, que nosotros, guiados de la luz indefectible de la verdad por esencia, colocando nuestra esperanza en la invocación de nuestro Dios, hemos visto un suceso repentino: *una mutación propia de la diestra del Excelso (b)*.

Sí, Sábios, Amalech se ve postrado, humilla su cervíz altanera. *El Señor hizo el poder en su brazo (c)*: perdió, desbarató á los soberbios de los pensamientos altivos de su corazón, por medio de aquellos hombres nunca bastantemente ponderados, de aquellos gloriosos Gefes, terror y espanto de la Francia, y embidiados de todas las Naciones europeas; los Romanas, los Wellingtones y otros insignes y beneméritos Generales, en cuyos brazos residía palpablemente una participación del poder de Dios; y baxo cuya sábia dirección todos las provincias de España han obrado prodigios de va-

(a) *Psal.* 146.

(b) *Psal.* 19.

(c) *Cant. Magnif. cap. 1. Luc. V. 51.*

lor: han sacudido el vergonzoso yugo que se les iba á imponer: han vencido al invencible: se han coronado de palmas y laureles, y han llenado al mundo entero no ménos de alegría y júbilo, que de admiracion y asombro. ¿Vieron jamas los pueblos españoles en tan poco tiempo, y con tan poca gente, y esta desnuda, hambrienta, á causa de la indolencia, si no fué malicia, de aquellos que, siendo su único destino y comision proporcionar los medios para salvar la Nacion, buscaron y trataron de los que la llevaban á su total ruina y destruccion; vieron, digo, castigo mas completo, orgullo mas bien abatido, victorias mas gloriosas?

¡Ó afligida España! levántate; ya se acabó el tiempo de llorar: deja el vestido de luto y de tristeza, que has llevado hasta ahora: ponte tus vestidos de gloria y de magnificencia: ¿no adviertes que se descubren los vislumbres de tu luz, y que la gloria del Señor se va á dejar ver de tus Pueblos, trayéndole á tu amado FERNANDO exáltado sobre el poderoso, ya abatido, y enteramente humillado? Levántate, que viene á tí tu Rey y tu Soberano: *Ecce Rex tuus venit tibi*. Viene; ó Españoles! Viene, no como déspota, no como tirano, no co-

mo esos enemigos de vuestra felicidad os lo pintaron en esos escritos subversivos del sosiego y tranquilidad pública, sediciosos é impíos, sino cómo un Rey pacífico, como un Rey justo, como un Rey benéfico, como un Padre de sus vasallos, como un quien es, como un FERNANDO SÉPTIMO.

Al primer rumor de esta novedad feliz y dichosa, amados oyentes, la naturaleza pierde toda su actividad para rehacerse con mayor vigor. Interrúmpese el curso de la vida civil, nada parece que le interesa, y solo se alimenta con su alegría. El Orden eclesiástico entona hymnos, el Magistrado deja caer la vara de las manos, el Soldado temple los tambores, el Escolástico cierra las aulas, las Mujeres visten las galas de su desposorio, y hasta el niño, parece, no echa ménos el pecho de la madre. No fué mas alegre y festivo aquel famoso día, en que los Hebreos cargados de despojos, salieron de un cautiverio de quatrocientos años; ni el otro en que vieron á los Egipcios sumergidos repentinamente en las olas del mar roxo. A Cataluña, á Cataluña grita la multitud por las calles y plazas, que por allí entra nuestro FERNANDO, á Cataluña. Allá volaban en alas de su amor. ¡Qué embi-

dia no teníamos todos á los que viven hácia aquellas partes, para lograr la dicha de verle los primeros! No le desmereceríamos en las demostraciones de afecto; luego que la vista nos ofreciese lo que deseaba nuestro corazón. ¿Con qué señales de afecto no explicarían su amor los afortunados y leales Catalanes? ¿Y qué amor? No fue tan tierno y expresivo el que tuvo Abraham á Isaac, Jacob á José y Benjamin, David á Jonatás. Todos le quieren ver, todos le rodean, todos le cercan, le quieren besar y abrazar, y su amor casi les hacia perder el respeto á la Magestad. Ricos y pobres le presentan sus regalos, segun su posibilidad, y el Rey, ¡ó Rey amable! con lágrimas de gozo y júbilo, recibe aquel tributo del amor, con mas aprecio que si fuesen los tesoros de Creso, y toda la plata, todo el oro y todas las preciosidades del mundo.

Los Generales le presentan los bastones, los Exércitos le proclaman y le juran, y resuenan los ayres heridos con la dulce voz de *VIVA EL REY*, por los lugares, villas y ciudades de su tránsito, esmerándose cada qual en manifestarle su amor. ¿Y por qué no le contemplaré en Zaragoza? Aqui, Señores, todo roba mi atencion, el obsequio de los

Campeones zaragozanos me arrebató y enagena, y la devoción con que nuestro amado Rey paga el tributo de su gratitud en aquel santo Templo, me edifica, me enternece, y casi me embarga la lengua, y me faltan las palabras. ¿Qué no pueda yo representar por menor la celebridad, el gozo, el aplauso, y la perfecta decoración y todas las circunstancias del recibimiento que ha hecho á su Magestad aquella ilustre y nobilísima Ciudad? Si me acuerdo del hijo de Jacob paseando en triunfo por las calles de Egipto, no ofrezco sino una tosca imagen. Si hago memoria de David, quando entró en Jerusalem vencido el gigante Goliath, no pinto por menor las gracias, los vivas y vítores á FERNANDO, vencedor de los corazones. No, Señores, no es posible pintar las demostraciones de estos esclarecidos vasallos, ni ménos explicar los actos de religión que practicó el Rey en aquel Santuario.

¿Qué espectáculo tan tierno sería ver á nuestro Rey postrado ante aquel altar de la Santísima Virgen del Pilar, levantar los ojos bañados en lágrimas hácia aquel devoto simulacro, y ofrecerle sus votos y sus respetos? ¿Qué expresiones tan dulces y amorosas no le dictaría su agradecido cora-

zon, por haberle defendido y preservado de tantos peligros, de tantas tentaciones, como la iniquidad le preparó en la prision? Al pronunciar este periodo, Sábios, no sé que especie de remordimiento me acusa. No pensaba llevaros á la prision y cautividad de nuestro inocente Rey, ya por no molestar tanto vuestra atencion, é ya porque de lo que teneis oído de la grandeza de su alma, argüiriais que siempre seria igual: las mismas virtudes, los mismos retiros, las mismas oraciones, el mismo uso de Sacramentos, una total entrega en la providencia de Dios, que adoraba con igual respeto en las adversidades que en las prosperidades; pudiéndose decir de él que la sabiduría habia bajado con él al calabozo, y no le abandonó en sus prisiones (a). Pero, sin hablaros de las tramas, ardidés y medios extraordinarios, que la política maquiabélica discurrió para disponerle á sus proyectos, contéplando á nuestro Rey en el Pilar de Zaragoza, disimuladme, que no puedo ménos que hacer mencion de un pasage acaecido en su prision, que al paso que realza su virtud, y recomienda la

(a) Sap. 10. v. 13. et 15.

proteccion que tuvo de la Santísima Virgen, hace ver los excesos de que es capaz el hombre, quando hace honor de que triunfe la injusticia.

Desesperado el infame Napoleon, y sus satélites de la conquista de España, miéntras los Españoles conservasen el amor á su FERNANDO, discurrió el último y mas infame ardid que le sugirió su despecho. Se vale de la venal hermosura de unas mugeres prostitutas, de unas mugeres, como las pinta San Ambrosio: *Viles en el pudor, ricas en el vestido, provocadoras en los ademanes, dulces en las palabras, vivas en los ojos*: otras Dalilas, otras Bersabés, otras Mohabitas. Introducen esta furia infernal en el aposento en donde estaba el virtuoso Jóven, para::: el alma se horroriza y estremece en solo pensarlo: ¿Para qué, infames, para qué? ¡Ah! Para exponer á su saña su castidad, aficionarle á ellas, comprometerle, y en seguida ridiculizarle, deprimirle, desconceptuarle para con sus vasallos, y que éstos le perdiesen el amor.

¡Qué malignidad! ¡qué perfidia por una parte! ¡qué peligro tan inevitable! ¡qué combate tan terrible por otra! Sanson, aquel terror de las Naciones incircuncisas, David, aquel jóven de tanto

valor, que peleaba con los leones, Salomon, aquel héroe de la Sabiduría, en circunstancias ménos estrechas fueron despojo vil de la sensualidad. Pero no temais, católicos, porque el valor de FERNANDO excede á nuestras esperanzas. Él renovará aquellos prodigiosos rasgos de castidad, que aplauden los libros sagrados en la incomparable Susana, aquel triunfo de pureza, que admiró el Egipto en José, y la Betulia en la valerosa Judit.

Conoció el Monarca el lazo que se le armaba, recógese á lo interior de su alma, clama en su corazón á Dios, llama en su socorro á la Purísima Virgen, se encomienda muy de veras en su protección y amparo, y olvidado de la qualidad de prisionero, y revestido de un ayre de magestad y soberanía, contextó á las Herodías francesas de un modo tal, que confundidas y avergonzadas, tuvieron que retirarse. ¿Quién no pasma? ¿Quién no admira este valor? Triunfaste Joven invicto, triunfaste: aseguraste tu alma y tu honor, ayudado de la gracia de Dios, y con la protección de esa Soberana Judit. Tú lo conoces, y por eso es que no quisiste dilatar las demostraciones de tu gratitud. Sí, Señores, justamente agradecido, que efusiones

de un corazon amante y devoto no derramaria ante su divina Protectora? ¿Qué gracias no le daria, ó no acertaria á darla por tantos y tan singulares beneficios? ¿Quánto no la engrandeceria, por haber amparado y cuidado, no ménos á él, que á sus vasallos, á quienes le encomendó con el mayor empeño, luego que se le intimó su destino á la prision? ¿Con cuánta firmeza y sinceridad no volveria á renovar sus promesas, é intenciones católicas de no reasumir el cetro, y reinar sobre sus vasallos, sino para la defensa de la Religion, y felicidad de ellos?

Regocijáos Iglesia santa, montaña de Sion, Jerusalem augusta, alégrate en la libertad de este hijo, cuyos primeros cuidados en la entrada de su Reyno, despues de haber padecido tanto, son el desempeño de los deberes de la Religion. ¿Qué no te podrás prometer de un Rey, que tiene significado ser sus primeros deseos defender tu honor, vindicar tus derechos, promover tu gloria, y honrar á tus Ministros? El zelo de tu honor, que estimuló á sus gloriosos ascendientes á surcar los mares, y atravesar gran parte del Globo terráqueo, ya para adquirir nuevos establecimientos, ya para re-

cobrar los antigüos, y volver á su dominacion aquellos lugares santos que Jesu-Christo consagró con sus plantas, iluminó con su doctrina, y regó con su preciosísima sangre; ya finalmente para establecer la piedad por todo el mundo: este mismo zelo, y acaso con espíritu duplicado, anima á nuestro Monarca, y producirá, sin duda, piadosos y los mas eficaces esfuerzos en tu honor.

¡Vos, Gran Dios, que habeis multiplicado sobre nosotros vuestra magnificencia, y nos habeis consolado, por usar de las palabras del Profeta! Vos, repito, que os dignasteis en otro tiempo consolar á Sion, reparar sus ruinas, poner como delicias sus desiertos, y como un jardin su soledad, llenando á vuestra Iglesia de gozo y alegría, para que en ella resonase la accion de gracias, y la voz de vuestra alabanza, como se explica Isaías: Vos digo, Señor, sereis engrandecido por haberos dignado consolar novísimamente á la Sion de nuestra España, depósito inviolable de vuestra Religion sacrosanta, á pesar de todos los esfuerzos del inferno, concediendonos la libertad de nuestro Rey, tan amante de ella. ¡Engrandecida sea, Dios mio, vuestra misericordia y clemencia! Porque ¿en qué

tiempo, en qué circunstancias tan críticas, oyentes míos, nos trajo Dios á nuestro Monarca?

Permitidme, Señores, que yo vuelva á tomar aliento, y que recoja lo que me resta de fuerza para representaros algo de nuestra situacion en lo religioso y político. ¿Pero quién podrá ni aun acordarse, sin que el corazon se le parta de dolor, ó se llene de una santa indignacion? ¡Ah! desgraciados años del siglo diez y nueve para la Iglesia de España y religion de sus pueblos, desde el diez hasta este dichoso en que estamos! Siempre os presentaréis con dolor á nuestra memoria. ¿Quién dixera, Señores, que la España habia de abrigar en su seno corazones tan corrompidos, hombres tan perversos que entrasen en el proyecto de descatolizarla? ¿Quién se persuadiria que habian de circular, hasta por las aldeas mas retiradas, libremente, y con aprobacion y aplauso, escritos escandalosos, heréticos é impios? ¡Ah! para eso se quiso abolir el santo Tribunal de la Inquisicion: ese Tribunal que impugnaron con tantas falsedades y sarcasmos, ese Tribunal á quien debe la España la pureza de su fe, y que fue la barrera que impidió no cundiesen acá los males que arruinaron á las provincias

del Norte. Se podría, ni aun sospechar, que llegasen días tan dolorosos para este Reyno, que viese arrestados y perseguidos á los Sacerdotes del Señor, desterrados sus Obispos, y aun amenazados de muerte, por defender los derechos de la Iglesia, y del Rey?

Aquí, Señores, me resalta á la imaginacion la respetable persona de nuestro Excmo. Prelado: de ese Señor, religioso, lleno de bondad, dulzura y afabilidad para todos: extrañado en el reyno de Portugal, lleno de disgustos, no tanto por lo que él padece, quanto por lo que pierden sus ovejas, sea en lo espiritual, sea en lo temporal. Todos sabeis la causa: el zelo de la honra de Dios, la conservacion de la Fe, el juramento que ha hecho quando recibió el Palio de defender los derechos de la santa Sede, el negarse á la publicacion de unos decretos, que directamente chocaban con estos deberes, le tienen ausente de su rebaño, y excitaron la rabia de esos escritores impios, que le calumniaron é insultaron con tanto descaro, y malamente le persiguieron.

Con quanta razon podrá decir este buen Prelado: *Si inimicus meus maledixisset mihi, sustinuis-*

*sem utique*: que los franceses, que esos hombres inhumanos y desnaturalizados me persiguiesen, me ocupasen las temporalidades, no lo extrañaria, pues ya lo han hecho; ya me expusieron al hambre, á la sed, á naufragar y á perecer, ¿pero qué *filiis matris meæ pugnent contra me?* ¿Qué los hijos de mi misma madre la España me persigan? ¿Qué mis hermanos por la Patria me nieguen aun el sustento que los sagrados Cánones prescriben para los que hayan de entrar en la Iglesia? ¿Qué mis diocesanos, ovejas que Dios puso á mi cuidado, me hayan de insultar, calumniar, desconceptuar con escritos denigrativos á mi honor, depresivos del sagrado carácter que llevo? ¡O! *ignosce eis Dómine, quia nesciunt quid faciunt.* Así dirá, y así concluirá tan justas quejas S. E., y estos mismos serán, respectivamente, los sentimientos del siervo de Dios el venerable Señor Obispo de Orense, y de los venerables y respetables Señores Obispos de Santander, Astorga y Oviedo, ilustres confesores todos de la Fe, y columnas de la Iglesia. Añadiéndose á todo esto el gran sentimiento, y la indecible pena de ver, que por la conducta que con ellos se ha observado, se ha cubierto de oprobio la Pa-

tria. Y á la verdad ¡qué escándalo! ¡qué vergüenza! que en los periódicos de reynos extraños se lea: *España: sigue la persecucion de la Iglesia-*

¡Ay España, dulce patria mia! *¿Quomodo obscuratum est aurum, mutatus est color optimus?* ¿Cómo se ha obscurecido el oro puro de nuestra Fe, que brillaba con vivísimo color, y servia de consuelo á la Iglesia, de embidia á los extrangeros, y de admiracion al mundo? ¿Los que se criaron en mantillas de púrpura, quiero decir, con la fe mas pura y encendida, han llegado á abrazar los errores mas viles y groseros, revolcándose gustosos en el lodo de las mas inmundas y abominables impiedades? ¿Quién diría que los Españoles, aquellos que con un zelo nunca ántes visto, y despues jamas bastantemente imitado, á costa de su propia sangre fueron á plantar la Fe en los mas remotos climas: los Españoles, que para esto atravesaron mares ántes nunca conocidos, y desiertos solo practicados de fieras: los Españoles, que con vergüenza de las otras Naciones, fueron los nuevos Apóstoles de Asia, Africa y América; quién diría que estos Españoles habian de tener unos hijos que llegasen á ser el horror de la Religion, el

escándalo del mundo, y la deshonra de la misma humanidad?

Perdonadme, Señores, que yo me excedo: hablo con demasiada generalidad, quando lloro estas desgracias como comunes á todos los del Reyno. No, no fueron Españoles legítimos los que así proyectaron, los que así hablaron, los que así escribieron, sino unos pocos Fracmasones, Españoles sí, pero espurios y bastardos. No, no pudieron prevalecer esos que llaman *liberales* contra los buenos y *serviles*. Si pensaron desviarnos de las ideas antiguas, y que habíamos heredado de nuestros abuelos, socolor de vejezes opuestas á la verdadera ilustracion y felicidad, no faltaron Campeones literatos, plumas valientes, que supieron descubrir sus tramas, inutilizar sus ardidés, que los impugnaron, sofocaron y destruyeron. Los *Velez*, los *Filósofos* rancios, los *Sensatos*, las *Estafetas*, los *Exâctos*, los *Procuradores* y otros infinitos pusieron á cubierto á los incautos, y frustraron sus intentos. Y si estos contuvieron gloriosamente el torrente que amenazaba á la Religion por parte de esos *liberales* é impios ¿qué será ahora que vive y reyna FERNANDO? No temas ¡ó Religion santa!

no temáis Españoles , que para que nadie ya os incomode , para que nadie pretenda pervertiros en vüestra creencia , empleará nuestro amado Rey con suma complacencia su real tesoro , el esfuerzo de sus tropas , su estudio y su invencible espada.

Yo , Señores , ya me represento á nuestro católico Monarca reparando como otro Ezequías en tiempo de paz el culto de Dios , renovando el templo con régia liberalidad , restituyendo en todo su honor al Sacerdocio , y ofreciendo por accion de gracias muchos sacrificios con grande alegría. Parece me veo á este Rey piadoso exterminando , á imitacion de Josías y de Isabel la católica , todo culto extraño de su Reyno , arrojando de él á los incircuncisos de corazón , que ya oculta , ya abiertamente pretenden confundir los derechos inviolables de Dios , obscurecer su religion , y destruir su Santuario. Ya veo salir del solio honoríficos y terminantes decretos , para que los perseguidos Obispos se restituyan á sus Iglesias , los Eclesiásticos á sus funciones , para que se hagan Ministros para el culto , se reedifiquen los Conventos , y se devuelvan las usurpadas rentas á los Eclesiásticos así seculares , como regulares. En fin , parece me ver á

nuestro Soberano con una mano sostener á la Iglesia, y con la otra al Estado, promoviendo su felicidad, y colmando de beneficios á sus amados vasallos.

Mas, llegando aqui Sábios, confieso que me rindo al peso y gravedad de mi asunto. El gran número de cosas de que debo hablar me embaraza, ni yo puedo hacer la descripcion de todas ellas. Representémonos por un momento, y para decir algo, á aquel Angel encargado de la guarda y custodia del Paraíso terrenal, tal como nos lo describe el espíritu de Dios en el libro del Génesis con una espada de fuego que vibraba á una y otra parte (a), para no solo arrojar, sino impedir á la culpable raza y descendencia el entrar en aquel lugar de pureza y de inocencia, donde el hombre habia hallado su felicidad, y en donde la ha perdido. Pues de este modo apareció nuestro gran Monarca en los confines de su Reyno. La filosofia que tenia asolado á la Francia y Alemánia, se esforzó en pasar los Pirineos. No pudieron aquellas inaccesibles montañas detener su curso, y llegó á po-

(a) Gen. 3. v. 24.

ner su mismo domicilio en aquellos mismos á quienes estaba confiada la seguridad del Estado. No permita Dios quiera yo confundir en lo que digo á aquellos que por sus virtudes, por su zelo y amor á la Patria, se han hecho dignos de élla, con los otros que, aunque del mismo carácter y destino, no correspondieron á la confianza que de ellos han hecho sus Provincias. Hablo solo de aquellos que á consecuencia de la pasión que los dominaba hacía su sistema destructor, forman planes, proyectan reformas, establecen leyes, y ayudados de algunas gentes ignorantes y de mala conducta, tratan de llevar al cabo los designios de establecer una democracia sobre la cabeza del Rey, y mucha sangre de Españoles.

¡O buen FERNANDO! esta adversidad te faltaba para coronar tu gloria. ¡O Españoles! Vuestros enemigos aun no estaban satisfechos, pues pretendían precipitaros en un abismo de males. ¿Cuál era ya tu situación? Las opiniones encontradas, los odios ya implacables, los deseos de venganza muy vivos, las pasiones enardecidas, y al fin los partidos ya con tanto tesón estaban próximos á romper. ¿Y para esto se han sacrificado tantas víctimas?

¿Porque algunos pocos ambiciosos satisfagan sus pasiones abominables é impias ¿se habia de derramar tanta sangre? No, los Españoles la derramaron por su Religion, por su Rey natural y por sus leyes, esta fue siempre su voluntad expresa en sus votos, y en sus acciones, y no en esa que sacrílegamente llamaron *sagrado código*.

Conoce el Rey las intenciones de la Nacion, advierte el amor que le tiene, reflexiona sus sagrados derechos ¿y os parece que se sugetará á las leyes que le prescribe la filosofia? ¿Qué querrá encadenarse él con sus vasallos en los grillos que le arma la Constitucion? ¡Ah! no obstante la resistencia que el gobierno presentaba, usando de la espada de la autoridad que le venia de Dios, irrita y anula la Constitucion, y todo lo obrado en orden á ella, y hace desaparecer en un momento y como el humo todo aquel aparato de aparente magestad, que queria competirselas. ¡Dichoso reyno de España, que con tan sábio decreto has sacudido el yugo, y roto las cadenas con que insensiblemente te iban aprisionando! No quisiera, Señores, me dixesen: *á toro muerto gran lanzada*; pero apelo á los verdaderos sábios sobre esta verdad. La alegría

universal que se notó en todas partes, y en las personas de todos estados, y las demostraciones que se han hecho con los exemplares de ella, son argumento claro de lo perjudicial que era.

Y á la verdad, si las vastas provincias de este Imperio fueron felices tantos años y siglos con las leyes que teniamos, ¿no nos podemos prometer tanta y mas fortuna con la observancia de ellas baxo la dominacion de un FERNANDO? Todo, Señores, todo va á presentar nuevo aspecto: ya se nota apaciguada la gran tempestad que agitaba el Reyno; la licencia reprimida, los odios públicos y particulares sosegados, el órden y la quietud en las ciudades y provincias restablecidos, las leyes: ya se ven tomar nuevo vigor, y en la persona de FERNANDO respira todo el bien, toda la felicidad, como lo mostraron todos los pueblos y habitantes que tuvieron la dicha de verle al paso para Madrid. ¡O Madrid! ¡qué distinto amaneció para tí el día trece de Mayo, del dos del mismo mes del año de ocho! Entónces presentabas el espectáculo mas triste y horroroso, entre la carnicería y la muerte. Entónces te veías coronada de víctimas, regada de sangre. ¿Y ahora? ¡O! Osaré yo,

siquiera, abrir la boca para hablar del gozo, del júbilo y alegría que tuvieron los fieles Madrileños? No me avergüenzo de decir con el Apóstol, guardada su proporcion, que apurados mis pensamientos, hablaré como un niño; y por otra parte mi alma fuera de sí, y hecha, digamoslo así, toda ojos, toda oídos, se halla como encantada. Formad vosotros las imágenes que os agraden, acordaos de la alegría y de los cánticos de aquel día, en que el pueblo de Betúlia vió en las manos de la incomparable Judit la cabeza del soberbio Holofernes: del aparato con que fue llevado el Arca del Testamento á la ciudad de Sion: del orden y magestad de la Corte de Salomon; y aun apenas podréis discurrir algo de la magnificencia y ostentacion con que el pueblo de Madrid recibió á nuestro amado FERNANDO. ¿Qué lágrimas de gozo no corrian por los rostros de todos ellos? ¿Qué extremos de júbilo no se advertian? ¿Es este nuestro FERNANDO? Se preguntaban unos á otros como admirados. ¿Es este nuestro Rey, nuestro Padre, nuestro consolador? ¡Ah! Ahora sí que serémos felices.

En efecto ¿qué no podrémos esperar todos de

un Rey, que no desea mas que nuestra felicidad? Ya veremos, oyentes, exércitos bien equipados y disciplinados, para sostener y defender quando se ofrezca los derechos de una Nacion, que se ha hecho gloriosa é inmortal en esta sagrada lucha: ya descubriremos, surcando los mares, baxeles dirigidos y gobernados por sábios Marineros, que nos facilitarán la comunicacion y relacion de mútuos intereses entre nosotros y nuestras Provincias marítimas. Vosotras, reales Academias y Cuerpos literarios, seréis protegidos de un Rey amante de las letras. Sí, amante de las letras, dedicado al estudio de ellas, de una instruccion nada comun en personas de su carácter, por mas que sus enemigos digan: que tambien esto entraba en sus planes. Recibiréis el premio de vuestros desvelos en hacerros útiles á la Religion y al Estado, de la mano benéfica de un Rey, cuyos dos ramos ocupan sus principales cuidados. Y tú, ó Atenas compostelana, ¿qué no podrás esperar de un Rey á quien siempre has reconocido por tu único y legitimo Soberano, sin que las vicisitudes que han ocurrido te hiciesen mudar de concepto, ni hubieses aplaudido las nuevas instituciones que se quisieron for-

mar? Sin duda serás privilegiada en su aprecio, fomentará tu establecimiento, y se te devolverán los Colegios, esos tesoros de sabiduría, que á tu sombra produgeron hombres célebres en todos ramos. Vosotras, sagradas Religiones, seréis igualmente atendidas de un Rey pio, religioso y justo. Os enjugará las lágrimas, que con tanta abundancia habeis derramado por su falta, y los males que justamente discurríais sufría él. Si en estos años de tribulacion fuisteis el objeto de la ira y del furor de vuestros enemigos extraños y domésticos; si habeis sido insultadas y vilipendiadas, y hechas el blanco de la mofa y del escarnio en los escritos libres é impios, ahora con un Rey que heredó la devocion hácia vosotras, de los FERNANDOS, seréis de todos veneradas, y respetadas. Vuestros Conventos dexarán ya de ser quárteles, y vuestras rentas, con pretexto de necesidades públicas, no servirán ya al luxo y vanidad de los sacrilegos exáctores. Vosotros templos consagrados al Dios vivo: vosotros Hospitales y Casas de misericordia, hareis siempre constar la régia liberalidad de vuestro Soberano. De un Soberano que, en el estado de prisionero, y á costa de los cortos

alimentos que le suministraba la infiel conducta y perversa maquinacion de Napoleon, costeó una preciosa custodia y otros ornamentos, con que enriqueció á la Iglesia de la poblacion en donde residia, y penetrado de la miseria y necesidad de los enfermos y labradores vecinos, socorrió al Hospital de aquellos con una pension anual, y reparó la quiebra que habian padecido estos en sus mieses, á causa de un fuerte granizo. Vosotros, Españoles todos, todos admirarémos las justas y loables intenciones de nuestro Monarca, cuyo zelo patriótico, cuyas disposiciones ordenadas á la buena administracion de justicia, á la conservacion y aumento de las fabricas, al establecimiento y extension del Gobierno, al socorro y alivio de los pobres, al destierro de la ociosidad y voluntaria mendiguez, nos hará levantar las manos al Cielo ahora y siempre, y repetir con el padre del Bautista en ocasion respectivamente semejante: Bendito sea el Dios de Israel, porque visitó é hizo la redencion de su pueblo. Bendito sea, porque nos traxo del cautiverio, adonde le condugeron nuestros pecados, á un Rey justo, piadoso, amante de la Religion, zeloso de la Iglesia, y Padre de sus vasallos. Bea-

dito sea, porque quando estábamos amenazados de una guerra intestina, y por lo mismo mas cruel y sanguinaria, quando veriamos los padres armados contra los hijos, y los hermanos, parientes y vecinos entre sí mismos, quando estábamos ya al borde del precipicio, y expuesta la España á presentar la horrorosa imágen del caos ¡ó Dios mio! se acordó de nosotros, se compadeció de nosotros, nos consoló, y nos trajo al que, con sola su presencia, corta y ataja todos los proyectos de nuestra perdicion.

Os haria muy poco favor, Católicos, en persuadiros unos beneficios, que son de tanto bulto, que por eso han dado golpe, y causaron un ruido general en todo el mundo. Ellos mismos predicán qual debe ser nuestra gratitud á Dios nuestro Señor, autor y dador de todo bien. Ellos mismos nos enseñan á dar gracias á su Magestad, y por sí mismos nos obligan á ello, si estamos bien penetrados de su importancia. ¿Y quién no lo estará? Pues, oyentes, los dones del Cielo son sin penitencia, y solo nuestra ingratitud puede cerrar el cauce, y detener el raudal impetuoso de las divinas piedades. Así, pues, sea nuestro agradecimien-

to el mas fino , el mas constante , para que siempre corran francas sobre nosotros estas grandes misericordias de Dios. Imitemos en esta gratitud fidelisima á nuestro gran Monarca. Las virtudes que habeis visto adoran su alma , sean el exemplar de nuestra conducta , y el modeló fiel de nuestra gratitud. ¿Y por qué no ha de ser amados míos? Tendreis delante de Dios:::: ¿Pero adonde voy? Hoy no es día de reñir ni contristar á nadie. Basta haber puesto á vuestra vista el espejo clarísimo de la vida de nuestro Monarca , y los bienes que en su venida nos dispensó el Señor , para que despues de conformarnos con tan bella imágen , tributemos á Dios las mas rendidas gracias , y prostrados en tierra , en espíritu de humildad , y con ánimo contrito y fervoroso , digamos:

A Tí , ó Dios trino en personas , uno en la esencia , alabamos. Alabámoste , Señor Dios nuestro , y te damos las mas rendidas gracias por tantos beneficios como acaba de dispensarnos tu misericordia: *Te Deum laudamus*. A Tí ¡ó Deidad infinita! los Coros angélicos , los Cielos y la tierra sin cesar , te alaben y bendigan. Y nosotros , Señor , con todo nuestro espíritu , con todo nuestro cora-

zon, unánimes y á una voz, sin confundir tu Trinidad, ni dividir tu esencia, te damos muchas gracias, por habernos consolado. Te confesamos, Señor: *Te Dóminum confitemur*. Publicarémos perpetuamente, que solo de vuestra mano liberal nos pudo venir tanto bien. Dadnos, pues, Señor que sepamos agradecerlo, ordenando todo quanto hagamos á vuestra mayor gloria, para que de este modo seamos felices acá, y en la eternidad. Amen.

